

HANNAH ARENDT. *Sobre la violencia*. Ed. Joaquín Mortiz. México. 1973. (J. M. Ibáñez L.).

Hannah Arendt es una brillante escritora política de nuestros días, autora de *Sobre la revolución*, *Entre pasado y futuro* y *Orígenes del totalitarismo*. La presente obra *Sobre la violencia*, Ed. Joaquín Mortiz, México, es un modelo de lucidez y penetración intelectual en el análisis de una materia de suyo oscura, y también un ejemplo de independencia y seriedad científica en medio de la fraseología, las pasiones y abstracciones que se nos suelen servir hoy bajo la etiqueta de "ciencia política". Pero al mismo tiempo comparte con los tratadistas actuales de esta disciplina su característica insuficiencia moral, y su escaso conocimiento de la gran tradición del pensar político occidental: factores ambos que dan un alcance limitado a su excelente observación de los hechos políticos actuales.

La violencia es un hecho ancestral en la historia humana; pero Hannah Arendt cifra lo nuevo y específico de nuestra situación en el siguiente hecho: la tecnología de la violencia ha llegado a tal perfección, que su objetivo —la guerra— queda anulado por la propia eficacia de sus implementos: la meta ya no es la victoria, sino la intimidación en el plano del "ajedrez apocalíptico". Aquí, más que nunca, se cumple esa ley de toda acción humana: que los medios, dotados de dinamismo propio, pueden prevalecer sobre el fin; que lo relevante para el mundo futuro no sean los pretendidos fines que hoy justificarían la violencia, sino la sola facticidad de los medios violentos. Al hilo de esta observación, la autora revisa en el dominio teórico, las actuales glorificaciones de la violencia (Sorel, Mao, Fanon, Sartre), para constatar cómo la "nueva izquierda" —producto de la primera generación crecida bajo la sombra de la bomba atómica— se aleja de la relativa moderación del marxismo original y también de su determinismo económico, con rumbo a una rebelión que se mueve por motivos claramente *morales*, pero a la vez se confía cada vez más en los medios violentos de destrucción del *establishment*. En estas circunstancias, la autora se extraña de que tal rebelión se apoye todavía, aunque sin entusiasmo, en las categorías teóricas del marxismo: contradicción que sólo se explicaría por la pesada rutina del mito decimonónico del Progreso, una de las supersticiones más estables de nuestra época.

Es interesante el juicio de Hannah Arendt sobre las principales fuerzas implicadas en el conflicto, no ya el proletariado y la burgue-

sía, sino la juventud y la burocracia, los nuevos polos de la tensión contemporánea. De la fuerza estudiantil o del poder joven —factor intrínsecamente diverso del “proletariado” marxista— afirma su valentía, su voluntad de acción, su precaria ideología, su fuerza moral y aun su desinterés. A su vez, el enemigo universal de la rebelión juvenil —ambos lados del telón de acero— sería esencialmente “la burocracia”: “el dominio de un sistema complejo de oficinas en que ningún hombre, ni uno ni los mejores, ni la minoría ni la mayoría, asume las responsabilidades. Podría llamarse el Gobierno de Nadie..., el más tiránico de todos”. La actual inquietud rebelde en el mundo, incluido su carácter caótico e incontrolable, tendría su principal razón de ser en ese monstruo anónimo, en esa tiranía sin tirano que es la burocracia. Lo que incita hoy a la violencia es “la impotencia del poder”: el carácter inmanejable de la sociedad de masas, la decadencia de los servicios públicos, la incapacidad del poder para resolver los problemas elementales de la habitación humana sobre la tierra y de la convivencia social, por más que, paradójicamente, pueda realizar con precisión matemática los viajes a la luna y otras proezas análogas.

Es interesante el juicio de Hannah Arendt sobre el papel que el futuro reserva a la élite intelectual, un tanto ligeramente desahuciada por los profetas del socialismo. “Los intelectuales, tan despreciados por Sorel y Pareto, dejaron repentinamente de constituir un grupo social marginado y se convirtieron en una nueva élite, cuyo trabajo —con el cambio total de las condiciones de la vida humana en unas cuantas décadas— se volvió esencial para que la sociedad siguiera funcionando”. “Para bien o para mal —y veo en ello tantos motivos de esperanza como de temor— la clase verdaderamente nueva y potencialmente revolucionaria de nuestra sociedad estará formada por los intelectuales: su poder en potencia, y todavía irrealizado, es muy grande, quizá demasiado grande para el bien de la humanidad. Pero éstas son especulaciones”.

Ahora bien, los hechos mismos del presente llevan a la autora a buscar una clarificación conceptual sobre las nociones de poder, poderío, fuerza, autoridad y violencia. La parte negativa o crítica de esta incursión conceptual es brillante; su parte afirmativa, de una extraña pobreza, que viene de la amoralidad de su enfoque. Polemizando con los teóricos actuales de izquierda y de derecha, desde Bertrand de Jouvenel hasta Mao Tse-tung, Hannah Arendt reclama que todos ellos, de distintas maneras, terminan por confundir o identificar el poder y

la violencia, la autoridad y la agresividad, el hecho político y el instinto de dominación: gobernar consistiría en imponerse sobre otros, mandar y ser obedecido. Si así fuera, argumenta la autora, no podríamos distinguir la orden dada por un policía de la orden que da un pistolero. Decir que en un caso la fuerza está “institucionalizada” y en otro no, es una distinción bastante débil y a veces una simple salvedad nominal. El mismo tipo de argumentos críticos esgrime la autora frente a esa legión de nuevos naturalistas —Konrad Lorenz, el primero— que tratan la política como un capítulo de la zoología, y derivan el poder de los instintos que el hombre comparte con la bestia, como si en la agresividad animal estuviera la esencia del hecho político. Por el contrario, Hannah Arendt se esfuerza por diferenciar el poder, la autoridad y la violencia.

Su distinción es bastante convincente en un plano meramente funcional o positivo. Nos hace ver que el poder y la violencia, lejos de identificarse, se oponen. Cuando la violencia carece del apoyo y del freno del poder, se convierte en un medio descontrolado que, en cuanto medio, prevalece contra sus presuntos fines, o mejor dicho, termina dándose como fin la destrucción del poder mismo. “Violencia y poder son términos contrarios: donde la una domina por completo, el otro está ausente. La violencia aparece donde el poder se halla en peligro; pero abandonada a su propio impulso, conduce a la desaparición del poder”. Aquí Hegel y Marx se equivocaron por completo. De esta crítica deriva la posición de la propia autora ante la violencia. “La violencia, siendo instrumental por naturaleza, es racional en la medida en que resulta eficaz para alcanzar el fin que debe justificarla. Y ya que al actuar nunca sabemos con certeza cuáles serán las consecuencias de nuestros actos a largo plazo, la violencia sigue siendo racional sólo en cuanto persigue metas a corto plazo. La violencia no promueve las causas, ni la historia ni la revolución; en cambio, puede servir para dramatizar reivindicaciones y llevarlas a la atención pública. Además, el peligro de la violencia, aun dentro del corto plazo, será siempre que los medios avasallen el fin... El resultado será... la introducción de la práctica de la violencia en el seno del cuerpo político entero... La práctica de la violencia, como toda acción, cambia el mundo, pero lo más probable es que este cambio traiga consigo, un mundo más violento”.

Como se ve, la posición de la autora es esencialmente sensata, pero sumamente limitada. Con arreglo al prejuicio positivista, rehúye emi-

tir juicios de valor, siendo que toda posición ante el problema —también la suya, por supuesto— es en el fondo una posición *moral*. Después de quejarse de quienes identifican poder, autoridad y violencia en su común denominador de fuerza, uno esperaba de ella —de su propia sensatez— una referencia a esa elemental distinción *ética* entre la fuerza bruta y la naturaleza moral del poder político, entre el hecho de la fuerza y la legitimidad de la autoridad justa, entre los fines arbitrarios y la finalidad ética del bien común: categorías, éstas formuladas y esclarecidas por una larga tradición que va de Platón y Aristóteles, pasando por San Agustín, Santo Tomás y Suárez, hasta la mejor filosofía política de nuestros días. Se trata, en definitiva, de criterios éticos y filosóficos de justicia, los únicos que pueden proyectar alguna claridad sobre el enjambre caótico de los hechos actuales. Pero la autora ni los menciona. Cuando roza la pregunta sobre la esencia moral del poder político y de sus fines, es sólo para despacharla con un gesto escéptico: “la pregunta... no tiene mucho sentido. La respuesta, o conducirá a nuevas preguntas... o será peligrosamente utópica”.

Los griegos y sobre todo los medievales, a propósito de la sedición, el tiranicidio y la autoridad injusta, desarrollaron toda una doctrina moral sobre la violencia y las condiciones, sumamente restrictivas, de su legitimidad; esos conceptos siguen siendo una referencia esencial para cualquier abordaje moderno de la cuestión; pues si bien los implementos técnicos de la violencia han variado enormemente, lo mismo que las situaciones históricas en que ellos operan, sin embargo la moralidad de los fines es esencialmente idéntica. Es una consideración de esta especie la que falta por completo en el presente libro. Sus méritos proceden del buen sentido natural de la autora; su sensatez es un reflejo espontáneo y algo lejano de aquellas doctrinas. Por eso cabe decir que esta obra, brillante en tantos aspectos, habría sido mucho más incisiva y completa si, en vez de los residuos metodológicos de un trasnochado positivismo, Hannah Arendt hubiera asimilado conscientemente la gran tradición del pensamiento político occidental que tan festivamente ignora.

MIGUEL S. MARIENHOFF. *Tratado de Derecho Administrativo*. Tomo III (2 volúmenes). Abeledo-Perrot. Buenos Aires 1970. (J. C. Cassagne).

I. Con la aparición de este tomo dedicado a los contratos administrativos, se completa uno de los ciclos más importantes del *Tratado de*